

Segundo Premio

del

Quinto Certamen Literario

de

Cuentos Gastronómicos

De balde

Jorge Saiz Mingo

Antolín siempre se levantaba pronto. El alba se acaramelaba en torno al celaje de las nubes y el aire puro se sintonizaba con el afán de su disciplina. Caminaba por un bosque de coníferas que despuntaba en las afueras de la ciudad, las ardillas pizpiretas en el refugio de los pinos, las picazas coquetas en busca de objetos brillantes con los que adornar la órbita de su nido. Llegaba hasta una fuente ubicada tarín barín a ocho kilómetros de su domicilio. El agua era cristalina y el runrún del chorro se embonaba con un conjuro de hadas. Conocía de sobra a los paseantes habituales. Los saludos se enredaban entre el maremagno embrollado de las

zarzas mientras los mirlos revoloteaban con un mariposeo de gorjeos. Luego regresaba a la ciudad y empezaba su peregrinaje en pos de las aceitunas. Guardaba como oro en paño un plano donde iba marcando las calles ya visitadas con sus correspondientes fechas, el nombre de los bares escrito con la caligrafía redondeada aprendida en la infancia, el contenido de la comanda anotado también con esmero de miniaturista. Le encantaba irse sin pagar. Paladeaba con naturalidad lo solicitado y elegía el instante idóneo para arrancar. Un pellizco de fiebre se amalgamaba en su pecho en el momento de la huida, la espalda vuelta con lentitud de caracol, la nuca perlada por unas gotas de sudor tenso que nunca mojaban su ánimo.

Una caña y unas aceitunas gordales, y la barahúnda se esparcía indómita por todo el perímetro del local, una caterva de niños emperifollados alrededor de una bolsa de patatas fritas con aromatizante de barbacoa, el suelo picoteado por un alud de servilletas arrugadas.

Jamás tuvo que plantar cara a camareros demasiado celosos con el método de su trabajo. Solo en una ocasión abandonó la idea ante un letrero que lo dejaba bien claro, abone la consumición al ser servido. La suspicacia estallaba a flor de piel gracias a los espejos de las paredes que, colocados adrede, cumplían a veces el objetivo de evitar fugas de caraduras. Adoraba la sensación de mezclarse con el público que pagaba religiosamente sus débitos, la serenidad peripuesta en un santiamén de giro de talones, el dinero a buen recaudo en su cartera de tafiote. Acudía a cuatro o cinco bares cada domingo. Ese día optaba por eludir la monotonía semanal de la cocina. El fregadero relumbraba limpio de platos grasientos y, con la conciencia tranquila, se ahorrraba la barra de pan cotidiana. Después se echaba una siesta de fraile dominico. En el duermevela comentaba los detalles para sí mismo con confianza de soltero bien avenido, los puntos sobre las íes jocosos, los pros y los contras ensamblados con el rompecabezas de la excitación. Imaginaba el rostro rencoroso de los camareros al descubrir el vacío pecuniario de su ausencia. Entonces un rumor de risas íntimas se desplegaba por el dormitorio antes de caer en el regazo del sopor, las persianas bajadas a medias, la escayola del techo con un reflejo de picardía innata.

Una de aceitunas rellenas de anchoa y un tinto, y el olor de la cocina impregnaba el ambiente con ráfagas de fritanga, la estrategia estipulada como de costumbre, los pronósticos encaramados a la picota del éxito.

Estuvo casi cinco años cambiando el código de barras de los jamones en la confusión de los hipermercados. Huroneaba por el territorio de los embutidos y urgido por una rapidez de guepardo daba el cambiazo. Una pieza de siete kilos de pata negra, valorada en más de doscientos euros, se convertía, en un pispás de truco de magia, en otra pierna que solo costaba la ridícula cantidad de veinte euros. La cajera apenas levantaba la vista de su caja registradora, el turno acribillado por la ametralladora del hastío, el pitido del lector con un matiz horrisono. Los vigilantes de seguridad, empeñados en perder el tiempo, husmeaban alrededor de desharrapados mal afeitados, gentes de taberna y cuneta. Mientras tanto él, impecable, con el cuello embriagado por un perfume de lavanda que se olía a distancia, pasaba sin inconvenientes por la frontera de los arcos antirrobo. Cómo se deleitaba con el tocino ibérico, la lengua entusiasmada con el sabor mirífico del lardo, las papilas gustativas hechizadas al catar un manjar tan barato. A la postre clavaron unas etiquetas de acero en los jamones y fue literalmente imposible arrancarlas y seguir con aquella práctica que le había proporcionado beneficios tan suculentos. Entonces comenzó a interesarse por el mundo de los quesos, fundamentalmente por un tipo de tortas pacenses, famosas entre los aficionados a la gastronomía por su inigualable cremosidad. Empleaba el mismo procedimiento con la agilidad de sus muñecas certificada por un lustro de triunfos.

Un tinto de verano y unas aceitunas de verdeo, y los días del Señor se repetían con rutina de fotocopia, la digestión sosegada, la concordia especiada con resabios a pimienta y ajo machacados.

El paripé de los aperitivos de bóbilis se le vino abajo un domingo de noviembre, la ventisca de las calles enfurecida, el helor instaurado en las entrañas. Todo fue bien hasta el tercer bar. La marabunta miraba extasiada una pantalla panorámica incrustada en una esquina del local, las declaraciones de un político grandilocuentes tras un atentado, los cascos de las gambas diseminados por el terrazo a modo de barniz rosáceo. Pidió un caldo y un plato de aceitunas de la reina. Enseguida volvió la cara hacia la televisión y simuló ser un parroquiano más dispuesto a disfrutar del asueto dominical. El camarero le miró de arriba a abajo, el gesto de la frente embrutecido, las mangas de la camisa tazadas por una toba de mostrador ajetreado. Al poco hizo una seña a un hombre de hocico lobuno que taladró a Antolín con sus ojos feroces de cánido. Antolín pensó en un principio que el vigilante se había quedado pasmado con las caderas de alguna mujer contigua, pero en realidad le analizaba a él con el porte de un mercenario trufado de ansias broncas. Las aceitunas, la joya de la

corona de la casa, estaban sublimes. El patrón, un hombretón de barba cuidada, se jactaba de comprarlas en persona en plena planicie andaluza. El gorila acechaba con terquedad de perro perdiguero, las manos quietas alrededor de un torso de hierro, la nariz achatada por una apisonadora de refriegas antañonas. La clemencia impepinable de los anuncios había llegado a la televisión y el gentío había tornado a la atracción de los pinchos, los codazos arremolinados, los pedidos amontonados en la tiesura de un clavo. Antolín presintió el peligro y a pesar de ello se arriesgó, el ímpetu corajudo, la situación elástica. La señal de siempre brotó con retintín de cascabel en su espíritu, las sienes preñadas de delirio, la tracción ambigua. Cuando posó sus nudillos de defraudador sobre el picaporte de la salida, escuchó la nitidez voluminosa de una voz.

Señor, por favor, y el temblor repentino de sus piernas trataba de escabullirse con el oprobio a cuestas, el lastre de la educación tirado por la borda, el estandarte de la vergüenza astillado por cincuenta caras vueltas en su dirección.

La huida denunció el cariz de la deshonra sin necesidad de explicaciones patéticas y los años de experiencia se difuminaron inútiles. Se creía más listo que los demás, invulnerable, entronizado en lo más alto de un reino de bribones. El vigilante, acompañado por otros dos sujetos de laya semejante, emprendió la persecución y le dio alcance junto al exiguo cobijo de una marquesina de autobús. Los curiosos se arracimaron y disfrutaron de lo lindo con el alud de mamporros que Antolín recibió por todos los lados, la sangre fácil, los insultos empecinados en calcar la aparatosidad de la escena. El resistero, tras preñar el mediodía de chisporroteos de calor denso, se había extinguido. El dolor se robusteció en los huesos de la mandíbula y la tripa se enroscó al bullicio a medida que los tipos se excitaban con la velocidad de los puñetazos. La sirena de una ambulancia surgió avisada por algún vecino balanceado en el tiovivo de la urbanidad. Antolín, encogido en el suelo en posición fetal, gemía con chirridos de máquina averiada. La última patada en la boca, antes del fin de la tunda, se insertó en su garganta con pujanza de retroexcavadora. El vómito detonó raudo y la bilis, ensamblada con el silencio circundante, vaticinó la contingencia de un futuro negro. Diez minutos después la amabilidad de una doctora rubicunda extendió sus tentáculos por la camilla del hospital, las heridas punteadas, las palabras de consuelo cosidas a la albura de las vendas.

Me encantaría comer unas aceitunas, y la petición de Antolín se disfrazaba de murmullo de ternero recién parido, el visaje de la auxiliar de clínica conmiserativo, la luz amustiada como las magulladuras de su cuerpo.

Tardó casi dos semanas en reponerse del todo. Cuando se reincorporó al trabajo le preguntaron por el ojo a la funerala, las inquisiciones en el borde de la zorrería, los parabienes estruendosos. Se sintió un héroe que regresa a casa con el pecho cargado de charreteras. El asombro se encopetó espléndido y las palmadas en la espalda se aglomeraron en la repisa de su ego. Marisa, una compañera del área de contabilidad, hincó sus iris glaucos en el porte singular de Antolín. Se miraron alelados, casi de un modo teatral, y, sin que nadie más percibiera el trallazo de la afinidad, se sintieron las dos únicas palabras de un mensaje dentro de una botella. Hasta entonces se habían ignorado, dos puntos sin historia dentro del organigrama de la empresa, la cena navideña eludida con desparpajo de tunantes. Quedaron e intimaron al punto, las manos enlazadas en una escena de idilio raudo, las cervezas alargadas hasta las tantas. Tontearon por un reguero de bares nocturnos y en el escondrijo penumbroso de uno de ellos, inmerso en el regocijo de haber encontrado alguien con quien fantasear en voz alta, Antolín confesó la verdadera razón de su ausencia laboral. Temió que ella abandonara la butaca con aires desproporcionados de honra mutilada, pero sin embargo sonrió embalsamada, el globo de los labios abombado por la perfección de la dentadura, las mejillas matizadas por un brochazo de complacencia. Se besaron sin dar más explicaciones a los muñecos del papel pintado que les rodeaba y las promesas de felicidad lustraron la aleación de sus coronillas con una fina capa de ilusión.

Dos mostos y una ración de dulzales, y la pareja de frescales orientaba sus pasos hacia los suburbios de la ciudad, las salivas emperradas en deleitarse de antemano con la finura de las aceitunas, las voluntades aliadas.

La historia de amor deambulaba por las cimas laberínticas de la pasión. Después de almorzar de rositas subían al apartamento de Marisa y hacían el amor con aspavientos de chavales atarantados, la siesta merecida, el techo con ínfulas de confidente enternecido. La sinceridad manó a espuestas. Ella había dedicado su juventud a robar al descuido en las tiendas, la manía entroncada con alguna experiencia sepultada en la infancia, las bromas pueriles convertidas en una cleptomanía colosal. Trataba de contenerse, pero el frenesí de las manos y la valentía de los dedos actuaban por cuenta propia, los dedos valerosos. Le habían pillado in fraganti en cinco ocasiones. Había pagado el grosor de las

multas a tocateja y había enlatado la verecundia en una cara de conmiseración adulta. Antolín tragó saliva y narró con todo lujo de detalles una existencia dedicada al escaqueo, a la presunción falsa de inocencia, al placer innato de la fuga discreta. Se abrazaron y sellaron un pacto entre seres semejantes, como dos tórtolos encaprichados con lo ajeno. Sus felonías continuaron a merced del torrente salvaje que les devoraba. El martillazo de la impunidad abolió los miedos, la desfachatez apostillada, el ardor acicalado.

Dos tónicas y una de aceitunas picudillas, y la bonanza volitaba por encima del aroma a marisco del bar, los vinos blancos espumosos, la mirada de los parroquianos extraviada en el césped de caparzones calcificados del suelo.

Una mañana dominical de diciembre el cielo nació compadecido del hielo. El paisaje ornado por una pátina de escarcha animaba a permanecer en la cama, la calidez indescriptible, los arrumacos ensimismados con la complicidad de las cortinas. Desayunaron despacio, zambullidos en la sensación mirífica de estar al margen de las reglas. Paladearon la textura de las galletas con trozos de almendra sisadas en el supermercado y la mermelada de higos afanada en el ultramarinos del barrio. Después desdoblaron el mapa de la ciudad y recorrieron con el índice las partes coloreadas de azul. En cada una de ellas figuraba la fecha de la visita, el dato que les servía de punto de referencia para elegir cada domingo la zona más adecuada. No había duda. Tocaba la parte vieja con sus callejuelas angostas y sus tascas especializadas en banderillas de bonito en escabeche. Seleccionaron cuatro destinos y se vistieron con la ropa informal que utilizaban los fines de semana, los trajes exiliados en la pereza de los lunes, las zapatillas de deporte encastradas en los pies por si las moscas. Ataviados con su aspecto inofensivo, se observaron en el espejo del ascensor. El rigor de las sonrisas se encrestó y las barbillas se aprestaron para la delectación más grata de la semana.

Dos ribeiros y una de aceitunas negras, y la taberna gallega hervía con un sinfín de meneos, las conchas de los bígamos desparramadas por las baldosas, la procesión de platos de lacón con grelos encimada sobre el mostrador.

Luego vagabundearon por la senda de los empedrados, los chistes fronteros con un arrebató de lascivia, la espontaneidad a prueba de bombas en un periquete de fogonazo. Entraron en los cuatro bares y de los cuatro salieron con el monedero intacto, la táctica soberbia, los tiquismiquis enterrados en una zanja de las antípodas. Al final, con la andorga saciada y el tiento ligeramente

azuzado por la pólvora del alcohol, cavilaron sobre la puntilla del banquete. Antolín propuso ultimar el itinerario gastronómico en un local imprevisto que había frecuentado en el pasado, el queso de cabra excelso, el moscatel rotundo. El sitio estaba atestado. Les costó penetrar en el amasijo de cuerpos entretenidos en degustar las propuestas escritas en un cartel de letras enormes. Llegaron a la barra y un muchacho de carrillos enrojecidos por el calor de la humanidad tomó nota de su pedido. Les sirvieron de inmediato. La gracilidad de su masticación se enmascaró con una faz de contrabandistas arrepentidos y un resabio a leche caprina coqueteó con el eco del último buche de la bebida. Enseguida, mimetizados con el alboroto del público, se dieron la vuelta y se dirigieron a la puerta. Salieron sin problemas, embebecidos por una satisfacción larga como una tenia, convencidos de la supremacía rocambolesca de su quehacer. Sin embargo un vozarrón de trueno a sus espaldas enflaqueció el halo de la dicha, te he estado esperando más de un año, los recuerdos almibarados, la sorpresa mayúscula. Antolín se quedó inmóvil como una mariposa disecada, los coloretos de Marisa lívidos, el tiempo espeso. El dueño del último mesón izó el bate de béisbol con ademán de leñador y el ritmo de los golpes se acompasó con la profesionalidad de la paliza. Los camareros de otros bares colindantes, extrañados por el barullo, salieron de la trinchera de las barras y le reconocieron. La mala suerte se alió con el error de Antolín, los juramentos escandalizados con el acento de los titanes, las noticias del infierno difundidas.

Hoy no te vas a ir de balde, y una silla de ruedas de tetrapléjico se bosquejaba en lontananza, la lección aprendida a conciencia, el porvenir más duro que el hueso de una aceituna.
